

# En torno a la norma: algunas reflexiones sobre biopolítica y soberanía en diálogo con Michel Foucault y Roberto Esposito

Melania Moscoso

Instituto de Filosofía,  
Centro de Ciencias Humanas y Sociales  
CSIC

melania.moscoso@cchs.csic.es

## Approaches to Rule: Some Reflections on Biopolitics and Sovereignty in Dialogue with Michel Foucault and Roberto Esposito

**RESUMEN:** La regla y la norma describen los modos específicos con los que el poder se relaciona con la vida en el poder soberano y en el biopoder según lo caracterizó Foucault. Según se opte por el primero o el segundo, la caracterización de la biopolítica aparecerá como un mecanismo de legitimación del poder a través de la protección de la vida. Este artículo intenta retener la concepción foucaultiana de la biopolítica como estrategia de poder que protege la vida frente a las tesis de Roberto Esposito que la convierte en una biologización de la política.

**PALABRAS-CLAVE:** Biopolítica, norma, normatividad, soberanía, Georges Canguilhem, Michel Foucault

**ABSTRACT:** Rule and Norm describe the distinctive ways in which power relates with human life either in Ancient Regime or in Modernity as Foucault described it. In its Foucauldian acception biopolitics is the management of Human being as a species. More recent account by Roberto Esposito makes of it a biologization of politics. This article discusses the strengths on Foucault's approach to biopolitics.

**KEYWORDS:** biopolitics, norm, normativity, Georges Canguilhem, Michel Foucault

### A LA MEMORIA DE PACO GUZMÁN

Acuñado por Rudolph Kjellen en 1916, el término biopolítica servía para poner de manifiesto «la dependencia que la sociedad manifiesta respecto de las leyes de la vida»<sup>1</sup>. El geógrafo sueco trasladaba al ámbito de la convivencia las leyes que la biología había descrito en el reino de lo viviente. Cuarenta años más tarde, ante la amenaza nuclear y la carrera armamentística, un grupo de intelectuales franceses con Edgar Morin a la cabeza vuelve a invocar la biopolítica como saber que puede hacer compatible la gestión de las colectividades humanas con la supervivencia de la humanidad como especie<sup>2</sup>. En uno y otro caso, se asignaba al Estado la tarea de reconciliar la vida en común de los hombres con las exigencias que el medio natural interpone a la supervivencia.

Hay que esperar a 1976 para que Michel Foucault utilice la noción de biopolítica como parte del biopoder, esa «profundísima transformación» de los mecanismos de poder que tiene lugar entre la segunda mitad del siglo XVIII y todo el siglo XIX y de la que Foucault proporciona una descripción justamente célebre en *La Voluntad de Saber*: «el viejo derecho de hacer morir y dejar vivir fue reemplazado por el poder de hacer vivir o rechazar hacia la muerte» (Foucault,

\* Este artículo forma parte del proyecto de Investigación KONTUZ!: Los límites del principio de precaución en la praxis ético-jurídica contemporánea. (MINECO FFI2011-24414).



Received: 06-05-2013  
Accepted: 10-05-2013



2007, 167). A Foucault se debe la generalización de este término en las ciencias sociales como conjunto de herramientas y saberes destinados a la mejor gestión de la vida, al «reforzamiento y de control, de vigilancia, de aumento y de organización de las fuerzas a las que somete: un poder destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y a ordenarlas más que a obstaculizarlas o destruirlas.» (Foucault, 1976, 64).

Hoy es comúnmente admitido que Foucault utiliza el biopoder con el propósito de impugnar la hegemonía de la soberanía como categoría política dominante en el pensamiento moderno. Frente a ésta, el biopoder describiría un cierto funcionamiento capilar del poder, más interesado en la subordinación y en los extremos menos jurídicos de su ejercicio que en la dominación que proviene de las estructuras del Estado. A diferencia de la ley con la que los estados soberanos sojuzgan a sus gobernados, la *norma*, como fundamental emanación del biopoder tendría efectos productivos: haría posible la emergencia de sujetos y crea a su vez el ámbito normativo de intervención sobre el que se aplica. Foucault dedicó sus trabajos más tardíos a la cuestión de la subjetivación, y muchas de sus obras más epistemológicas se dedican a la emergencia de las ciencias humanas como productoras de saber especializado sobre las esferas de la acción cotidiana.

Foucault está siendo objeto de diversas reapropiaciones desde posturas emancipadoras, como ocurre con los trabajos de Hardt y Negri; y desde presupuestos más conservadores, como Agamben y Esposito, que tienden a explicar el Holocausto y la persistencia del genocidio como prueba la continuidad entre el biopoder y el poder soberano. La discusión sobre la política foucaultiana es una prueba palpable de su actualidad y vigencia. En este caso nos detendremos en la caracterización que el filósofo italiano Roberto Esposito ha hecho de la biopolítica foucautiana y analizaremos las implicaciones del racismo de estado tal como las ha señalado en *La tercera Persona*.

Roberto Esposito ha detectado, en su libro *Bíos* (2007), cierta «oscilación» o «indeterminación» de Foucault con respecto a los efectos del biopoder, que aparecen en ciertos pasajes de la *Voluntad de Saber* caracterizados como unilateralmente constructivos, o, como sucede en fragmentos de *Hay que Defender la Sociedad*, con un potencial mortífero expresado en el racismo científico. Para el filósofo italiano, esta radical ambivalencia va de la mano de las vacilaciones de Foucault a la hora de situar al biopoder junto a las restantes categorías políticas de la modernidad, muy especialmente, la soberanía.

Contrariamente a la tesis del filósofo italiano, que considera que la ambivalencia de Foucault al respecto de las relaciones entre biopoder y soberanía condena su análisis a un prematuro callejón sin salida analítico, secundaremos en este texto la tesis de la filósofa María Mühle, para quien la indeterminación de Foucault al respecto de las relaciones entre vida y poder es deliberada y trataremos de mostrar en qué sentido «el atolladero nunca superado por Foucault» (Esposito, 2007,55) a la hora de exponer alternativamente los efectos constructivos y deletéreos del poder en la modernidad tiene por objeto destacar los aspectos productivos de la norma, a la que dota de autonomía frente a esa otra gran categoría política de la modernidad que es la soberanía. Además sugeriremos al final que la propuesta de convertir la biopolítica, no ya en un complemento, sino en la lógica que ha de atravesar la soberanía supone adherirse de forma implícita a una concepción de la historia que Foucault en *Genealogía del Racismo* supo definir como «el elogio de Roma» (Foucault,1992, 82). El objetivo de este trabajo es retener las connotaciones productivas de la norma tal como fueron explicitadas por Canguilhem y Foucault, y resaltar la especificidad normativa de esta forma de poder biopolítica frente a los dispositivos legales que emanan de la soberanía.

## 1.- El poder y la vida: el poder de la espada y la gestión de lo vivo

Como es bien conocido, Foucault inicia la sección V de *La voluntad de saber*, que lleva por título “Derecho de muerte y poder sobre la vida” caracterizando el poder soberano como aquél que dispone de la vida de sus súbditos, sea de manera indirecta, como cuando expone su vida en confrontación contra los enemigos del Estado, sea de forma directa, como cuando se arroga el derecho de matar a uno o varios de sus súbditos ejecutándolos.

Este derecho «simbolizado por la espada» (Foucault, 2007, 164) es de naturaleza paradójica, ya que consiste en «hacer morir y dejar vivir» (Foucault, 2007, 164), pues la vida y la muerte del súbdito son hechos exteriores al derecho hasta que el soberano decide sobre ellos. La relación entre vida y poder en la modalidad soberana es por tanto de exterioridad. Por el contrario, el biopoder o poder sobre la vida mantiene una relación positiva con la vida que fomenta y sustenta, como señala en la clase del 17 de marzo «tomó a su cargo la vida en general, con el polo del cuerpo y el polo de la población.» (Foucault, 2010, 217).

Foucault sitúa la transición del poder soberano hacia el biopoder en lo que él denomina *Época clásica*, periodo comprendido entre la segunda mitad del XVIII y todo el siglo XIX, desde 1756 hasta el suplicio de Damiens con cuya descripción da inicio *Vigilar y Castigar*. Este poder sobre la vida se desarrolla de dos formas complementarias que corresponden a los dos polos sobre los que se desarrolla. De un lado, la *anatomopolítica del cuerpo humano* o el ámbito de las disciplinas centradas en el cuerpo individual concebido como una máquina, siendo el disciplinamiento de sus fuerzas «el crecimiento paralelo de su utilidad y docilidad, su integración en sistemas de control eficaces» su principal objetivo (Foucault, 1984, 43). A estas *tecnologías del cuerpo*<sup>3</sup>, se les sumarán durante la segunda mitad del siglo XVIII, y como incrustándose en ella, *las regulaciones de la población*, que operan sobre el hombre considerado como *especie*. Así, este dominio de las fuerzas individuales al objeto de aumentarlas le sucede un saber que se despliega sobre «la multiplicidad de los hombres, pero no en cuanto se resumen en cuerpos sino en la medida en que forma, al contrario, una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad» (Foucault, 2010, 217). Conviene señalar que en *La voluntad de Saber* la biopolítica comprende las dos variantes del poder sobre la vida: anatomopolítica y regulación de la población mientras que *Hay que Defender la Sociedad* se reserva este término casi en exclusiva para las regulaciones de la población.

Cabe destacar que este nuevo poder sobre la vida se distingue del poder soberano por su faceta *productiva*; no es, a diferencia del poder soberano un poder de espada que se ejerce «poniendo en acción su derecho de matar» o reteniéndolo o «en virtud de la muerte que puede exigir» (Foucault, 2007, 164). La progresiva secularización que se produce durante la época clásica hace que este nuevo poder, a diferencia del poder soberano, «ya no se relacione circularmente consigo mismo, con la conservación o ampliación de las estructuras» (Esposito, 2006, 60) sino que se vuelve *inmanente*. El biopoder se ejerce sobre los cuerpos con vistas a optimizar sus esfuerzos con el mínimo de gastos y pone en comunicación las esferas de la acción cotidiana de forma que, tal como señala Esposito, lo *pluraliza* en sus efectos. No se debe olvidar, sin embargo, que tal disciplina de los cuerpos tiene como objeto la génesis de un «alma», vale decir, la *subjetivación*, que es el uso de las disciplinas como fábrica de individuos a partir del «encauzamiento de las conductas» (Foucault, 1984 165) a través de los sistemas punitivos en *Vigilar y castigar*, o las relaciones del hombre con

su cuerpo y los placeres en *Historia de la Sexualidad*. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII este poder disciplinario se verá completado por las *regulaciones de la población*, dirigidas no ya al hombre-cuerpo sino al hombre-especie, a la gestión de la especie humana en cuanto «afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la producción, la enfermedad, etc.» (Foucault, 2010, 208). Dado que las regulaciones de la población integran, engloban y hasta cierto punto modifican las estrategias disciplinarias, en *Defender la Sociedad* y textos posteriores Foucault opta por reservar el término biopolítica para «los fenómenos aleatorios que se producen en la población tomada en su duración» (Foucault, 2010, 211)

El biopoder es *inmanente, plural, y generador de* dispositivos de subjetivación, por oposición al poder soberano que se legitima trascendentalmente y es unitario en su ejercicio, siempre unilateral y asimétrico y escorado «siempre del lado de la muerte» (Foucault, 2010, 206). Se comprende que el propio Foucault afirme en la clase del 14 de enero de 1976. «Me parece que este tipo de poder se opone exactamente, término a término, a la mecánica del poder que describía o procuraba transcribir la teoría de la soberanía» (Foucault, 2010, 39). Tal caracterización del biopoder como generador de las condiciones de posibilidad de la subjetivación y el carácter afirmativo y protector de la vida de la biopolítica ha dado lugar a que Roberto Esposito considere, a mi modo de ver con acierto, que, al menos en determinados fragmentos, la exposición de Foucault plantee biopoder y soberanía en términos de irreductibilidad.

Sin embargo como también señala Esposito, existen fragmentos en *Hay que defender la sociedad* que podrían apoyar la tesis de una relación de complementariedad entre soberanía y biopolítica. Se trata de los pasajes de *Hay que defender la sociedad*, correspondientes a la clase del 17 de marzo de 1976 en los que trata de dar cuenta del nacimiento del racismo de Estado y la función de muerte que éste desempeña en la «economía del biopoder» (Foucault, 2010, 221). En veinte escasas páginas que transcriben la última parte de la clase, Foucault trata de explicar la vertiente más mortífera de la modernidad, tomando como ejemplo el nazismo y la amenaza atómica, a partir del biopoder. De este modo, el reemplazamiento de la soberanía por el biopoder se transformaría, al objeto de poder explicar la faceta el particular rendimiento mortífero de fenómenos específicamente modernos como el genocidio o la bomba atómica, en una suerte de complemento. Esposito señala así que «el paso a una interpretación distinta del vínculo entre ellos está marcado, en la obra de Foucault, por el leve pero

significativo desplazamiento semántico entre el verbo «sustituir»- todavía basado en la discontinuidad- y el verbo «completar» que en cambio alude a un proceso de mutación paulatina e ininterrumpida» (Esposito, 2006, 65).

## 2.- Una raza contra todas las demás: cuando la biopolítica se convierte en tanatopolítica

Hasta ahora ha quedado claro cómo Foucault define el biopoder por la productividad y la inmanencia que lo distinguen del poder soberano. Nos centraremos ahora en la diferencia fundamental que Foucault traza entre el racialismo o “guerra de razas” y el racismo de Estado, y que le sirven para dar cuenta de la producción en masa de muerte del nazismo.

Señala Esposito que Foucault nunca dio una respuesta definitiva al problema de por qué las medidas destinadas a la protección de la vida revierten en la producción de muerte, a la singular eficiencia del biopoder aplicado a la matanza. Como ya se ha mencionado según este filósofo italiano Foucault oscila entre una interpretación productiva de la biopolítica y otra en la que complementa el poder soberano y aumenta su eficacia. Sugeriremos en este apartado que la *inmunitas* como *modus operandi* del biopoder, no implica necesariamente que éste se vuelva complemento del poder soberano. Para ello nos detendremos en la interpretación del nazismo como *tanatopolítica* o descomposición autoinmune del poder moderno.

Como señala al inicio del capítulo cuarto de *Bios* la originalidad del pensamiento foucaultiano con respecto al nazismo consiste en señalar cómo la vida de la raza aria se protege de forma inmunitaria administrando la muerte a los miembros más débiles de la misma y eliminando a las razas inferiores. Para Esposito «los paradigmas de soberanía y biopolítica, que hasta ese momento parecían divergir, experimentan una singular forma de indistinción que hace de cada uno, al mismo tiempo, el reverso del otro» (Esposito, 2006, 175).

Como prueba el hecho de que en *El nacimiento de la biopolítica*, y en otros textos posteriores a 1978 reserve el término biopoder para los aspectos productivos y biopolítica para los negativos, a Foucault no le era desconocida la capacidad mortífera del biopoder.



Tal conciencia se manifiesta ya en un fragmento del mencionado V apartado de *La voluntad de saber*, en la que al hilo del peligro atómico afirma que los estados ponen en juego, no ya la existencia puramente jurídica de la soberanía, sino la propiamente biológica: «Si el genocidio es por cierto el sueño de los poderes modernos, ello no se debe a un retorno, hoy, del viejo derecho de matar; se debe a que el poder reside y ejerce en el nivel de la vida, de la especie, de la raza y de los fenómenos masivos de población.» (Foucault, 2007,166). Que sea la existencia de marras la que entra en liza, no pone de manifiesto sino la radical novedad de este proceso: la conversión de la guerra de razas en racismo de estado, o lo que es lo mismo, la traducción de la relación bélica del Antiguo Régimen en términos biológicos.

Por “Guerra de Razas” entiende Foucault el estado de conflicto permanente entre distintos pueblos cada uno de ellos definido por el uso de una lengua, común y las mismas costumbres comunes bajo el cetro de un estado soberano. Como afirma Foucault en *Genealogía del racismo* «... se dice que hay dos razas cuando se hace la historia de dos grupos que no tienen el mismo origen la misma lengua, y, a menudo, la misma religión; de dos grupos que han formado una unidad y un todo político sólo al precio de guerras, invasiones, conquistas, batallas y victorias y derrotas, violencia. Se dirá además que hay dos razas cuando dos grupos, a pesar de la cohabitación, no se hayan mezclado a causa de diferencias y asimetrías, obstáculos debidos al privilegio, a las costumbres, a los derechos, al reparto de las fortunas y de los ejercicios de poder» (Foucault, 1992,86). El discurso de razas es coetáneo del estado, pues no tiene otra función que designar la pluralidad étnica que ha sido subsumida por la unidad del código legal de un estado soberano. Apareció en el siglo XVI-XVIII como instrumento de lucha de los saberes sometidos bajo la apariencia de la unidad soberana. cuando las partes se reúnen para darse un contrato social lo hacen para conservar su vida frente a potenciales ataques de los otros grupos. A cambio el poder soberano se concedía a sí mismo el poder de la espada: el derecho a disponer de las vidas de sus súbditos. A la soberanía le correspondía una historia que «es el elogio de Roma» (Foucault, 1992,88): Enuncia el derecho del poder e intensifica su esplendor, pura reiteración ritual y hablada del poder existente.

La traducción biológica de la pluralidad étnica que se produce en el siglo XIX hace que el conflicto permanente, expresado en el discurso de la guerra de razas se convierta en racismo de Estado. Este racismo de cuño científico y médico el es

relato del conflicto, no entre dos grupos étnicos, sino entre una raza propuesta como verdadera y única y aquellos ejemplares que se perciben como "degenerados". A diferencia del viejo racismo o prejuicio racial, va más allá de la eliminación del enemigo externo y busca en el interior del propio cuerpo social la amenaza. Como señala Foucault este racismo de Estado que se sirve del biopoder introduce una cesura en la población que dice proteger, una distinción entre lo que debe vivir y lo que debe morir que podría expresarse así «Cuanto más tiendan a desaparecer las especies inferiores, mayor cantidad de anormales serán eliminados, menos degenerados habrá con respecto a la especie y yo,, no como individuo sino como especie, más fuerte y vigoroso seré y más podré proliferar» (Foucault 2010, 218). Tal distinción supone, en el caso del nazismo, separar al pueblo alemán entre el tipo ario puro cuya conservación exige el aniquilamiento por exterminio, negación de cuidados de todos aquellos que no se considera que pertenecen a él. El biopoder se vuelve así contra la población que dice proteger, de un modo que Esposito califica de *autoinmune*. Llevada a este extremo, la administración de muerte es farmacológica, en el sentido de *pharmakon*, pues a la pureza de la raza aria se le sacrifican un número de personas cada vez mayor, hasta el punto de tener previsto el completo aniquilamiento del pueblo alemán como alternativa a la degeneración. La muerte se dirige primero contra los enemigos externos, a partir de 1933, con la aprobación *Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses*, hacia los alemanes considerados defectuosos, y por último del propio pueblo alemán. La tanatopolítica nazi, que preserva al precio de garantizar la autodestrucción a largo plazo encaja con la naturaleza ambivalente del fármaco, a la vez medicina y veneno, y revela su naturaleza específicamente *inmunitaria* o mejor, *autoinmunitaria*.

Pero Esposito considera que la dinámica inmunitaria del racismo de Estado no vale para explicar por sí sola la reversión de biopolítica en tanatopolítica sino se tiene en cuenta la caída de todas las mediaciones entre medicina y política, el hecho de que durante el nazismo «los políticos adoptan los procesos biológicos como criterio de sus acciones» (Esposito, 2007,179). El hecho de que el nazismo haga de la vida su trascendencia, y de la raza aria su sujeto hace que sea una «biología realizada»(Esposito, 2007,178), y no, como por ejemplo el socialismo, una filosofía muestra por qué el nazismo es una *descomposición* de la modernidad y no sólo un desarrollo paroxístico como quiere Foucault. La singularidad del nazismo consiste para Esposito en la naturaleza específicamente inmunitaria se expresa en



la completa superposición entre poder médico y poder político, de modo que «la reivindicación de la primacía de la vida provoca su absoluta subordinación a la política» (Esposito, 2007, 224). Así el fenómeno biológico del nacimiento se supedita a intereses políticos de forma que, o bien se suprime de forma anticipada mediante la esterilización o el aborto forzoso, en el caso de las personas así consideradas inferiores, o por el contrario se estimula mediante el fomento de los matrimonios tempranos. El hecho de que tanto las medidas de estímulo como de eliminación de los nacimientos considerados no deseables se produzcan mediante decreto muestra también una juridificación de la vida correlativa a una biologización del derecho y la política. Y es precisamente en este punto en el que divergen más en el fondo Esposito y Foucault, pues donde uno percibe el uso de criterios biológicos como factores de decisión política, lo cual en textos como la *Tercera Persona* le llevan a defender lo impersonal como fuente de valor en la política, Foucault reconoce en la biopolítica el compromiso de lo político con la gestión del ser humano considerado como especie, evita pronunciarse sobre la imbricación del biopoder con la soberanía, como sí hacen Esposito y también Agamben.

¿Es entonces la biopolítica entendida en su acepción foucaultiana incapaz de dar cuenta de un fenómeno como el nazismo?

Según Esposito la biopolítica foucaultiana reproduce la disyuntiva entre “el poder sobre la vida” -cómo la vida se protege de aquello que la amenaza limitando su propia expansión- y “el poder de la vida” -pulsión vital que lucha por realizarse más allá de sí misma aún a costa de exponerse a su propia aniquilación trasladando su ambivalencia al ámbito de los efectos del poder de la vida, que son ora productivos- como cuando producen la subjetividad y entornos normativos en los que se despliega la actividad humana- ora hacen posible la destrucción masiva de la vida- como ocurrió en el nazismo y podría suceder con la energía nuclear. Señala también que esta relación se debe a que considera que vida y poder se relacionan en términos de exterioridad: en la biopolítica foucaultiana «los dos términos que lo componen –vida y política- sólo pudieran articularse en un modo que los yuxtapone... parecen ser oponentes en una lucha sorda por la apropiación y el dominio del otro» (Esposito, 2007,54)

Tal disyuntiva se refleja también en la compleja relación que la biopolítica tiene con la soberanía. Como puede leerse en genealogía del racismo, el contrato social comunica el biopoder con la soberanía: el discurso de razas es capitalizado por la soberanía del estado

y lo convierte en el «instrumento de poder centrado y centralizado y centralizador. Llegará a ser el discurso, no entre dos razas, sino entre una raza propuesta como verdadera y única» (Foucault, 1992, 71). Cuando la soberanía deviene popular la soberanía adquiere la función eminentemente ideológica<sup>4</sup> de ocultar y dar apariencia jurídica a los dispositivos de control del biopoder. Como afirma en la clase del 28 de Enero de 1976 «... el discurso de la raza (la raza en singular) ... de utilizar su filo en beneficio de la conservación de la soberanía del Estado, una soberanía cuyo brillo y cuyo vigor no están ahora asegurados por rituales mágico jurídicos sino por técnicas médico -normalizadoras. Al precio de una transferencia que fue de la ley a la norma, la de lo jurídico a lo biológico; al precio de un paso que fue del plural de las razas al singular de la raza» (Foucault, 2010,75)

La función ideológica de la soberanía en los tiempos del biopoder resulta para Esposito convincente a nivel histórico pero no conceptual, dado que el nazismo admitiría, bajo esta función ideológica dos explicaciones contrapuestas. El viejo poder soberano al utilizar en su favor el discurso de las razas, inicialmente un saber sometido mostraría que la biopolítica es en el fondo una articulación suya, con lo cual el genocidio sería la manifestación más lograda del biopoder. Por el contrario, si fuese una pervivencia anacrónica, la radical novedad del biopoder quedaría puesta en entredicho cada vez que se produce un genocidio. Tal conflicto parece remitir, según Esposito, a que biopoder y soberanía se encuentran en una situación de originaria indistinción de modo que una aparece como el reverso de la otra, como si de alguna forma soberanía y biopoder fueran dos manifestaciones especulares que apuntan a la copertenencia de vida y poder. Para aludir a esta relación intrínseca entre vida y poder esposito acude a la noción de inmunitas con su doble acepción biológica (resistencia de un organismo frente a una enfermedad dada) y jurídica (dispensa o exención de las obligaciones que se les exigen a otros). En el biopoder designaría esa protección negativa de la vida que protege al organismo «sometiéndolo a una condición que a la vez niega o reduce su potencia expansiva» (Esposito 2007, 75)

### **3.- Conclusión: ¿Gestión política de la vida o biologización de la política?**

Parecería que el dispositivo inmunitario con el que Esposito trata de eliminar las tensiones en el concepto biopolítico foucaultiano terminaría por inclinar al filósofo italiano a considerar la biopolítica como una flexión interna de la soberanía. Las

implicaciones éticas de esta tesis están desarrolladas en el libro *La tercera Persona*, en el que aboga por una filosofía de lo impersonal para enfrentarse a los desafíos que una creciente biologización de la política que comienza, a juicio del filósofo italiano, con el médico vitalista Xavier Bichat, Miembro de la escuela de XXX, a él se le debe la conocida definición de «la vida es el conjunto de funciones que resisten a la muerte» (Canguilhem, 2009, 168) que aparece en *Recherches physiologiques sur la vie et la mort*. En él distingue dos niveles de vida, la vegetativa, que comprende todos los funciones vitales que de manera sorda y automática, como la respiración y la digestión mantienen el organismo con vida y a la que pertenecen también las pasiones, y la conciencia animal, todas las actividades que el animal dirige al exterior y, que en el caso del hombre, comprende también la volición y la razón. La importancia que Bichat concede a la vida vegetativa supone un cuestionamiento implícito tanto de la autonomía individual- El individuo está sometido a la corporeidad de los procesos vitales y no es capaz de gobernarse a sí mismo - como del alcance real de la soberanía, pues esta no dependería de la organización política sino que radicaría en un «hecho biológico subyacente» (Esposito, 2009, 39). Este cambio en la relación percibida entre la naturaleza del sujeto viviente y la acción política penetra a partir del siglo XIX en el que Bichat vivió penetra en el pensamiento europeo con distintos matices a través de Schopenhauer y Comte, y a través de la antropología de Schleicher. En cualquier caso para Esposito el resultado es la *biologización de la política*: «El poder ya no tiene como referencia el *démos*- esto es, el conjunto de los sujetos reunidos en una identidad nacional común sino el *bíos*, la vida de un organismo , individual o colectivo, exterior y excedente respecto de cualquier formulación jurídica convencional» (Esposito, 2009, 47). Así las cosas la tanatopolítica nazi puede ser leída como resultado de este «aplastamiento de la persona sobre su escudo referente biológico» (Esposito, 2009, 18).

Sin duda, las provocadoras tesis de Esposito parten de un análisis de gran profundidad de los textos foucaultianos cuyos puntos muertos ha detectado con gran certeza. Con todo, aunque es indudable que la terminología biológica ha ido ganando peso en los debates políticos, no deja de ser significativa la naturaleza polémica de la biología de Bichat, cuyas metáforas, al decir de Canguilhem en un texto muy anterior a las elaboraciones de Esposito, «pertenecen al arte de la guerra» (Canguilhem, 2009, 168). Remitir la política al lenguaje de la biología no la desactiva. Por debajo sigue latiendo el rumor larvado del conflicto, como Foucault supo desde siempre,

pues «donde hay poder hay resistencia» (Foucault, 2007, 118). Así la tentativa de biologizar la política respondería más a la pretensión de blindar ciertas posiciones de privilegio hurtando ciertos elementos al debate con el pretexto de lo biológico, y por ello mismo se delataría ella misma soberana. Si atendemos a la lectura ofrecida por Macherey, Foucault habría sabido desarrollar las implicaciones políticas del concepto de norma de quien fuera su director de tesis Georges Canguilhem. En Foucault convivirían dos acepciones distintas de la norma; la primera de ellas, jurídica, se caracterizaría por una relación externa con su objeto -en el caso de la biopolítica la vida- ; la segunda de ellas, o biológica, designa las reglas que el ser vivo se da a sí mismo, se caracterizaría por una relación interna del ser vivo, que al darse “su propia ley” sometería a su organismo a un riesgo. En ambos casos la vida aparece como un deslinde, o exceso, ambas fijan al sujeto las «condiciones de su libertad», bien sea frente a la ley o la enfermedad y la muerte (Macherey, 201,88). Tal vez sea cierto que la única libertad que conceda la normatividad biológica al sujeto sea la de ser sujetos de la propia objetivación. Puede que una filosofía de lo impersonal nos ayudase a gestionar nuestra propia exterioridad como hombres, tal vez sería deseable que la biopolítica nos ayudase a entendernos mejor con eso que no somos. El hecho de que en Foucault los aspectos productivos y mortíferos del poder vayan de la mano, no significa que el biopoder sea lo mismo que la soberanía ni que la alternativa a la propia objetivación sea el poder de la espada.

---

## Bibliografía

- CANGUILHEM, Georges, *Estudios De Historia y De Filosofía De Las Ciencias*. Buenos Aires; Madrid: Amorrortu, 2009.
- ESPOSITO, Roberto, *Bíos : Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires; Madrid: Amorrortu editores, 2006.
- ESPOSITO, Roberto, *Tercera Persona : Política De La Vida y filosofía De Lo Impersonal*. Buenos Aires: Amorrortu, 2009.
- FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo Veintiuno Editores México, 1984.
- FOUCAULT, Michel, *Hay Que Defender La Sociedad: Curso Del Collège De France (1975-1976)*. Madrid: Akal, 2010.
- FOUCAULT, Michel, *Genealogía Del Racismo: De La Guerra De Las Razas Al Racismo De Estado*. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta, 1992.
- LE BLANC, Guillaume; *Canguilhem y Las Normas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2004.
- MACHEREY, Pierre. *De Canguilhem a Foucault. La fuerza de las Normas*. Madrid: Amorrortu editores, 2011.

MUHLE, María, Sobre La Vitalidad Del Poder : Una Genealogía De La Biopolítica a Partir De Foucault y Canguilhem = the Vitality of Power : A Genealogy of Biopolitics with Foucault and Canguilhem, *Revista de ciencia política*, Santiago, v. 29, n. 1, 2009 . Disponible en <[http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0718-090X2009000100008&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-090X2009000100008&lng=es&nrm=iso)>. Consultado el 03 marzo 2013. [doi: 10.4067/S0718-090X2009000100008].

## Notas

1. Roberto Esposito cita las páginas 93 y 94 de . *Der Staat als Lebensform.*, tomado de ESPOSITO, R.(2007). *Bíos: biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu., p.28
2. Según aparece en la introducción de A. Birré al primer volumen de los *Cahiers de Biopolitique* "Se ha definido la biopolítica como ciencia de los estados y de las colectividades humanas, habida cuenta de las leyes y del ambiente natural y de los hechos ontológicos que rigen la vida del hombre y determinan sus actividades".p. 3, tomado de Ibid., p.35
3. Véase la definición que proporciona Foucault de estas tecnologías políticas del cuerpo en *Vigilar y Castigar* "un saber del cuerpo que no es exactamente la ciencia de su funcionamiento y un dominio de sus fuerzas que es más que la capacidad de vencerlas: este saber y este dominio constituyen lo que podría llamarse una tecnología política del cuerpo" Foucault, Michel. 1984. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México: Siglo Veintiuno Editores p.33.
4. «Podría decirse que, desde el momento en que las coerciones disciplinarias debían ejercerse como mecanismos de dominación y al mismo tiempo ser ocultadas como mecanismo efectivo de poder, también era necesario que la teoría de la soberanía estuviera presente en el aparato jurídico y fuera reactivada por los códigos» FOUCAULT, Michel, *Genealogía Del Racismo : De La Guerra De Las Razas Al Racismo De Estado*. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta, 1992, 46.